

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

En la Internacional del dolor

Joaquim Amat-Piniella estudió la capacidad de los cautivos españoles para organizar una resistencia activa.



VICTORIA FERNÁNDEZ DIEGO

Para grabar el disco anterior se fue a Los Angeles, para este, a Nueva York.

He grabado con los músicos del último disco de David Bowie, me gusta su misterio, su ambigüedad (la sexual me da igual), me gusta la forma de ser de Bowie, como los gatos. Contacté con ellos y se lo propuse y dijeron que sí. Por la mañana les presenté las canciones y por la tarde ya sabían que no les pedía ninguna marcianada. Ritmos, melodías. Me he tirado quince días más contento que una perdiz.

¿Por qué se va a grabar fuera?

No desmerecen los músicos de aquí, para mí es un reto tocar con músicos a los que admiro. Con mi banda llevo más de 20 años, déjame echar una cana al aire. ■

ACOSTUMBRADOS A LA ECUACIÓN que vincula nacionalsocialismo y Shoah, a menudo se olvida que muchas de las víctimas de los campos de concentración lo fueron por razones políticas, caso de los comunistas, o de "higiene social", caso de los homosexuales, y que por esa Internacional del dolor pasaron personas de muy diversas nacionalidades, incluidos 8.000 españoles que respondían, casi siempre, a un mismo perfil: republicanos exiliados a Francia, detenidos por los alemanes tras la invasión del país vecino en 1940 o capturados como miembros de la Resistencia, y enviados a los territorios del Reich para servir como esclavos.

Joaquim Amat-Piniella fue un escritor y periodista manresano que ingresó en Mauthausen en enero de 1941 para ser liberado en mayo de 1945 por las tropas estadounidenses. Como Primo Levi, y con idéntica urgencia, ya en 1946, mientras el químico turinés escribía *Si esto es un hombre*, Amat-Piniella redactaba *K. L. Reich*, obra recuperada hoy por Libros del Asteroide. Sin embargo, por problemas de censura, los recuerdos del catalán en torno a la vida en el campo no verían la luz hasta 1962.

Por contraste con otros supervivientes, como Améry, Kertész o el mencionado Levi, Amat-Piniella escogió para su experiencia del infierno la forma novelesca. Diseccionando la estructura del campo atendiendo a sus jerarquías, a la organización del tiempo y de los castigos, a la disciplina y a las recompensas, estudió a los alemanes en clave de dirigentes (el comandante del campo), de lacayos (los capos de los bloques) y de víctimas (los delincuentes comunes y los presos políticos), pero sobre todo estudió la capacidad de los cautivos españoles para organizar una resistencia activa, para crear protocolos de ayuda, para oponer



Leída hoy, *K. L. Reich*, de Amat-Piniella, mantiene indemne su capacidad de conmoción



una voz a menudo común a las amenazas externas.

El recipiente moral de estas luchas, la conciencia en la que Mauthausen repercute a lo largo del tiempo, es Emili, un hombre que, para su vergüenza, salvará la vida mediante un expediente inesperado: dibujar escenas pornográficas para los SS del campo. Esa vergüenza, que atormenta durante gran parte de la acción al protagonista, le conduce a encarnar muchos de los asuntos que la llamada literatura concentracionaria ha convertido en lugares comunes: la infabilidad del mal, la deshumanización como mecanismo radical de alienación, la sensación de culpa de los supervivientes.

Es mérito de Amat-Piniella lograr que este diálogo entre la experiencia de los campos y la conciencia de los hombres que habitaron en ellos todavía nos perturbe después de haber asimilado los millares de documentos existentes. Y es que leída hoy, tras el gigantesco palimpsesto que en torno al nacionalsocialismo la literatura como depósito de memoria ha logrado erigir, y cuando son ya la tercera o cuarta generación de aquel suceso (los nietos o bisnietos de los verdugos y víctimas) quienes siguen reflexionando acerca de ese pozo sin fondo, *K. L. Reich* mantiene indemne su capacidad de conmoción. ■